

**SODUPE, Kepa, *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2003.**

Estas líneas de reseña y reconocimiento llegan tarde. Y no sólo porque *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, del profesor Kepa Sodupe, se publicase en 2003, sino porque esta obra merece ser difundida como una de las aportaciones teóricas recientes más destacables en lengua española. Si alguien desea aproximarse a la teoría de las Relaciones Internacionales de los años noventa, ésta es una de las mejores referencias en español con las que podrá contar, pues en ella encontrará un diáfano mapa teórico para orientarse por los vericuetos de esta *disciplina anárquica*, una disciplina en la que ortodoxias y heterodoxias conviven sin reconocerse una posición de autoridad central. La obra de Sodupe es todo un manual de teoría internacional, pero un manual que, más allá de la primera impresión de distanciamiento por parte del analista con respecto al objeto de estudio, plantea una tesis de difícil demostración: la confusión teórica de los años noventa puede simplificarse en la existencia de un cuarto debate entre, por un lado, el enfoque racionalista de los neorrealistas y los institucionalistas neoliberales y, por otro lado, los enfoques reflectivistas moderados del constructivismo y de los enfoques reflectivistas radicales de la teoría crítica, del feminismo y del posmodernismo. De este modo sintetiza Sodupe la efervescencia teórica experimentada por la disciplina a lo largo de toda una década. Como se argumentará, esta síntesis es la mayor virtud y la principal debilidad de este trabajo teórico.

Formalmente la obra está dividida en cinco partes y once capítulos. Entre la introducción y las conclusiones se encuentran las tres partes que constituyen el núcleo de la obra. La primera de ellas, con dos capítulos, está dedicada a la presentación del tercer debate y del “cuarto debate” en la disciplina de las Relaciones Internacionales. La segunda parte, de cuatro capítulos, se ocupa del enfoque racionalista del *mainstream* teórico (neorrealismo y neoliberalismo). En la tercera, de tres capítulos, son analizados los enfoques reflectivistas que, según el autor, constituyen la contestación al racionalismo (reflectivismo; constructivismo; teoría crítica, feminismo y postmodernismo).

En la primera de las partes nucleares de la obra, Sodupe expone el surgimiento del concepto de paradigma a raíz de la obra de Thomas S. Kuhn (1962) y de su utilización en la disciplina de las Relaciones Internacionales a partir de los años ochenta. Aunque pronto se conformó cierto consenso entre los estudiosos en torno a los paradigmas existentes, el llamado tercer debate o debate interparadigmático no acabó con el dominio del paradigma estatocéntrico frente al paradigma globalista o al paradigma estructuralista. En los años noventa, sin embargo, la disciplina entró en una nueva fase al plantearse una ruptura, materializada en lo que algunos conciben como “cuarto debate”. La desaparición del debate interparadigmático coincidió entonces con la convergencia o síntesis neorrealismo-neoliberalismo, que acabaría constituyendo la corriente principal de la disciplina y pasará a ser identificada como “enfoque racionalista”. El nuevo debate se caracteriza por la recuperación del tono metateórico de debates previos y por concentrarse en cuestiones ontológicas y epistemológicas propias

de la teoría social, más que de cuestiones o teorías sustantivas características de la disciplina de las Relaciones Internacionales. Así pues, según Sodupe puede identificarse una controversia teórica fundamental entre el racionalismo (materialista e individualista en lo ontológico y positivista en lo epistemológico) y el reflectivismo (con una ontología idealista y holista y una epistemología pospositivista).

La segunda parte nuclear de la obra se inicia con un tratamiento del neorrealismo en el que Sodupe destaca la continuidad con el realismo tradicional y analiza fundamentalmente la obra clásica de Kenneth N. Waltz, que será mejorada y perfilada durante los años ochenta gracias a un conjunto de críticas y observaciones desde diferentes perspectivas realistas o próximas al neorrealismo. A continuación, Sodupe analiza el neoliberalismo o institucionalismo neoliberal asumiendo cierta continuidad desde el globalismo y el transnacionalismo. Frente al peso que los neorrealistas otorgan a la seguridad y al poder, los autores neoliberales destacan la importancia de los procesos de cooperación, en la explicación de los cuales desempeñan un papel fundamental las ideas, y no sólo factores materiales como la distribución del poder. Sodupe subraya las coincidencias entre neorrealismo y neoliberalismo, en particular en el eje epistemológico, y lo hace suavizando los elementos rupturistas que entre ambas propuestas se pueden apreciar con claridad en el eje ontológico materialismo-idealismo. En éste último se sitúan las convicciones neoliberales con respecto al potencial de progreso humano (paz, bienestar, justicia) y la importancia que consiguientemente otorgan a las instituciones y a los regímenes internacionales para explicar la cooperación internacional. A la hora de evaluar las discrepancias entre neorrealismo y neoliberalismo, Sodupe concede especial atención al debate ganancias relativas-ganancias absolutas, concluyendo que es precisamente la concentración de las discrepancias en dicho debate la que permite identificar los perfiles del racionalismo.

En la tercera parte nuclear de la obra Sodupe realiza una presentación de los enfoques reflectivistas como aportaciones que han provocado una convulsión en la disciplina, y ello en dos sentidos. Por un lado, han constituido un giro sociológico en los ejes ontológicos al primar la importancia de las estructuras y de las ideas sobre los individuos y las fuerzas materiales. Por otro lado, han constituido un giro interpretativo al dar prioridad a una epistemología pospositivista específica para las ciencias sociales. Según Sodupe, los orígenes de estos enfoques se encuentran en la ruptura provocada por dos tipos de circunstancias. En primer lugar, se encuentran las circunstancias intelectuales constitutivas de la crisis de la modernidad y de la fe en el progreso. A este respecto, en el conjunto de enfoques reflectivistas pueden distinguirse dos posiciones críticas que son, según Sodupe, la del reflectivismo moderado y la del reflectivismo radical. Frente a los “modernistas reflexivos”, que interpretan dicha crisis como la entrada en una nueva fase de modernidad y que proponen una reflexión crítica sobre la relación que mantienen teoría y práctica en las relaciones internacionales, se encuentran los “posmodernistas”, que interpretan la crisis como fin de la modernidad y directamente proponen el abandono del proyecto racionalista de la Ilustración en favor de un relativismo sin fronteras preestablecidas. En segundo lugar, Sodupe destaca las circunstancias históricas del fin de la guerra fría como factor que cuestiona la esencia del objeto de estudio de la disciplina. Junto a estos acontecimientos, Sodupe considera que los atentados del 11 de septiembre de 2001 “están también llamados a tener una

influencia en la evolución de las Relaciones Internacionales” (p. 224), aunque no se atreve a calibrar el peso de sus efectos sobre la disciplina y, por ahora, la evolución reciente de ésta no parece haberle dado la razón.

A la hora de identificar las coincidencias entre los muy diversos enfoques reflectivistas, Sodupe ve su origen en las críticas al racionalismo y, más concretamente, al neorrealismo: el alejamiento de la ontología materialista e individualista; la propuesta de reflexividad teórica en el eje epistemológico, que cuestiona la premisa básica del positivismo racionalista (separación entre sujeto y objeto); el rechazo de la existencia de un único método científico común a las ciencias naturales y a las ciencias sociales; y la negación de la pretendida neutralidad axiológica del racionalismo y compromiso normativo en favor de la transformación social y contraria a la reproducción de la injusticia del orden existente. En cuanto a las discrepancias entre enfoques reflectivistas, Sodupe destaca tanto las posiciones diferenciadas en el eje ontológico materialismo-idealismo, como la valoración dispar que en términos epistemológicos realizan de los fundamentos del conocimiento científico, desde posiciones “fundacionalistas” moderadas (constructivismo, teoría crítica y mayor parte del feminismo) a posiciones radicalmente “antifundacionalistas” (posmodernistas y algunas feministas), todas ellas en cualquier caso alejadas del “fundacionalismo” fuerte que caracteriza al racionalismo.

La obra de Sodupe constituye una reflexión muy necesaria en el poco poblado mapa teórico de las Relaciones Internacionales en España. De no existir, sería necesario inventarla. La dificultad del ejercicio que realiza el autor es sólo comparable a la utilidad que conlleva para quien pretende acercarse a la teoría de las Relaciones Internacionales, pues ésta suele asentarse sobre antecedentes, premisas y conceptos que no siempre son explicitados. Sodupe intenta poner orden y claridad donde siguen reinando el desorden y la confusión. Su esfuerzo por evitar el relativismo y la opacidad en favor de las clasificaciones matizadas y el discurso teórico transparente es muy de agradecer, sobre todo para estudiantes y no iniciados. Es un esfuerzo cuyos límites explora el autor con tanto riesgo como fortuna. En un número de páginas relativamente reducido se trazan los perfiles de corrientes, debates, teorías y conceptos, de tal forma que el panorama teórico de la disciplina acaba pareciendo un espacio ordenado y transitable.

Curiosamente, los instrumentos de que se sirve Sodupe en esta empresa metateórica son muy pocos, pero de ellos extrae un gran partido. Destacan al respecto tres. En primer lugar, la distinción entre racionalismo y reflectivismo que Robert O. Keohane realizase ya en 1988 con motivo de su alocución presidencial ante la International Studies Association, y según el cual era posible establecer una distinción clara entre, por un lado, los enfoques racionalistas de autores neorrealistas y neoliberales y, por otro lado, los enfoques reflectivistas de autores pospositivistas, constructivistas, críticos, posmodernistas y de otras tendencias teóricas diversas. En segundo lugar, es esencial en la presentación de Sodupe la asunción de la existencia de un “cuarto debate” en la disciplina de las Relaciones Internacionales, en la línea de la idea acuñada por Ole Wæver en 1996, marcando la ruptura más que la continuidad con respecto al debate interparadigmático de los años setenta y ochenta. En tercer lugar, quizás los instrumentos más útiles que utiliza Sodupe para elaborar su mapa teórico, y con toda razón, son los ejes ontológicos y el eje epistemológico definidos por Alexander

Wendt y Emmanuel Adler a finales de la década de los noventa. En un eje ontológico se situarían las categorías extremas materialismo e idealismo, en otro eje ontológico las categorías holismo e individualismo, y en el eje epistemológico unidad o monismo del método científico para todas las ciencias, naturales y sociales, frente a la separación o dualismo del método científico según se trate de ciencias naturales o ciencias sociales.

Sodupe maneja estos tres instrumentos con gran habilidad y, siempre consciente de los riesgos de simplificación, consigue moderar la sensación de confusión sin llegar a negarla. El resultado es un ordenado mapa teórico tridimensional en el que se sitúa el “cuarto debate” entre las corrientes del enfoque racionalista y las corrientes de los enfoques reflectivistas. Esta simplificación permite identificar los contornos del supuesto debate, pero la definición más precisa de dichos contornos se torna difícil, pues la complejidad de teorías y enfoques en los ejes ontológicos y epistemológico arrastra al analista hacia un relativismo incompatible con la propia definición del “cuarto debate”. Sodupe reconoce que el resultado puede ser “excesivamente coherente” (p. 217) y que “el cuarto debate no presenta un perfil excesivamente definido”, pero considera que vale la pena la simplificación en la medida en que permite “entrar en contacto con las complejidades y ambigüedades” (p. 75). La conciencia de esta simplificación excesiva debe haber pesado en el recorrido teórico del autor, un recorrido a lo largo de una cuerda floja, con la sola ayuda de una barra de equilibrio, sobre un abismo sin red: la cuerda racionalista con la barra constructivista sobre el abismo posmodernista. El esfuerzo de Sodupe hace posible salvar el abismo a lo largo de la obra, en un ejercicio de equilibrismo teórico difícil y digno de elogio.

En este ejercicio se pone de manifiesto la tensión existente entre racionalismo y reflectivismo. La elaboración teórica de Sodupe es racionalista por cuanto considera posible conocer y ordenar científicamente el panorama teórico de la disciplina. Pero también es un ejercicio reflectivista por cuanto siempre reconoce la artificialidad del orden creado, el carácter construido de la realidad que nos da a conocer. Dicho de otro modo, el “cuarto debate” es una construcción racionalista sobre la que el autor mantiene en todo momento una conciencia reflectivista, la conciencia sobre la necesidad de reflexionar sobre el proceso de teorización. Como el propio Sodupe afirma, “este resultado es fruto de una simplificación [...] muy poco en consonancia con la filosofía de algunos enfoques reflectivistas” (p. 20). Pero al mismo tiempo, Sodupe no deja de manifestar sus preferencias por el reflectivismo moderado del constructivismo, el enfoque que “lleva camino de convertirse en el enfoque reflectivista con mayor peso específico” (p. 165). Y en una muestra de honestidad intelectual después de la contención exhibida a lo largo de toda la obra, el autor la concluye con una declaración filo-constructivista: “A mi modo de ver, este enfoque abre vías de desarrollo teórico sumamente prometedoras. De todos los participantes en el cuarto debate, entiendo que es el que mayor potencial posee para promover una redefinición de la disciplina de cara al nuevo milenio” (p. 224).

En una obra como la de Sodupe, ambiciosa y casi desbordante en cuanto a su alcance teórico, puede echarse en falta la poca atención prestada a algunas corrientes teóricas no precisamente marginales en la disciplina, como pueda ser la Economía Política Internacional. Asimismo, parece poco justificada la ausencia de referencias a algunas aportaciones de autores españoles que han coincidido con Sodupe en el esfuerzo

por arrojar luz sobre la confusión disciplinar de los años noventa, ya sea tratando la evolución del debate interparadigmático, la teoría normativa, la Economía Política Internacional crítica, el feminismo o reflexiones más amplias sobre los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la teoría internacional. Con todo, la publicación de *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI* es, ante todo, un motivo de satisfacción para quienes consideramos que la teoría es la esencia de las Relaciones Internacionales. Con su concepción del “cuarto debate” Sodupe nos ayuda a conocer y a comprender mejor la evolución teórica posterior al fin de la guerra fría y, de este modo, nos aproxima a la esencia de esta *disciplina anárquica* que sigue resistiéndose al orden.

Josep IBÁÑEZ  
Profesor de Relaciones Internacionales  
Universitat Pompeu Fabra